

Cuarenta años de democracia. El peronismo, los trabajadores y sus organizaciones gremiales.

Enrique Mases¹
IPEHCS (CONICET-UNCo) GEHiSo
hmases@gmail.com

Resumen

El presente trabajo es un recorrido por el devenir en estas cuatro décadas de democracia, del mundo del trabajo, de los trabajadores y de sus organizaciones, y particularmente aquellas ligadas al peronismo, observando los cambios que se produjeron y las consecuencias que los mismos provocaron en el plano social y político.

Consecuencias estas, que, ligadas a las profundas mutaciones del mundo del trabajo, sumado a la fragmentación y debilidad de las organizaciones que representan a los trabajadores para garantizar los derechos a sus representados ante los nuevos desafíos que se presentan, hacen que los trabajadores transiten un camino de incertidumbre y de desasosiego por el presente que les toca vivir y el futuro por venir. En medio de esta confusión dos cosas aparecen con cierta claridad. La primera tiene que ver con la creciente dificultad que tiene el sindicalismo peronista no solo para abarcar y representar al a un colectivo trabajador hoy fuertemente fragmentado y disociado entre sí; y la segunda cosa clara es que esa misma clase trabajadora, tanto la que está registrada como la que forma parte de la informalidad, no va camino al paraíso, por el contrario, está cada vez más cerca del infierno.

Palabras clave: democracia, peronismo, trabajo, trabajadores, sindicatos

Forty years of democracy. The Peronism, the workers, and their trade unions.

Abstract

The present work is a journey through the four decades of democracy, the world of labour, the workers, and their organizations, particularly those closely tied to Peronism. It focuses on the changes occurred and its respective consequences in both the social and political fields.

¹ Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Profesor Consulto de la Universidad Nacional del Comahue. Especialista en Sociología de la Agricultura con orientación en Empleo y Reestructuración del Mercado de Trabajo Agrario (UNCo). Profesor de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Historia (UBA). Actualmente es Director del Doctorado en Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue, al mismo tiempo que se desempeña como Subsecretario de Relaciones Internacionales y Director de Posgrado dentro de dicha Casa de Estudios.

Such changes -linked to profound mutations in the world of labour, and the fragmentation and weakening of trade unions- are making workers to head up through a path of uncertainty and disquiet for the present they live in and the future to come.

Amid this confusion two things seem quite clear: Firstly, the growing difficulty the Peronist trade unions have encompassing and representing a collective of workers that is completely fragmented and decoupled among them. Secondly, that that same working class (formal and informal), is not heading to the heaven, rather getting more and more closer to hell.

Key words: democracy, Peronism, labour, workers, trade union

Recibido: 12 de julio de 2023

Aceptado: 26 de septiembre de 2023

Cuarenta años de democracia. El peronismo, los trabajadores y sus organizaciones gremiales²

Introducción

Desde el surgimiento del peronismo, la relación de este espacio político con buena parte de los trabajadores y de sus organizaciones representativas fue intensa, a tal punto que estos pasaron rápidamente de ser parte constitutiva del mismo a convertirse en la "columna vertebral" de este movimiento; permaneciendo como tal a lo largo de buena parte del periodo transcurridos entre el derrocamiento del gobierno del General Perón hasta los años inmediatamente anteriores a la restauración democrática de 1983. Este periodo se caracteriza por la participación de estos trabajadores y de sus organizaciones sindicales en un escenario caracterizado por la inestabilidad política conformada a través de la debilidad de los gobiernos democráticos en algunos momentos y el ejercicio del poder por dictaduras en otros. Aunque en toda esta etapa el movimiento obrero organizado, conducido por la representación gremial peronista, continuó siendo un factor de presión y de poder a partir de la centralidad que lograba construir en las relaciones entre capital y trabajo.

Sin embargo, este escenario se fue modificando en los años posteriores a la restauración democrática, a favor de una serie de cambios que se producen en el mundo del trabajo, pero también en el mundo de los trabajadores.

² Una versión similar con ciertas modificaciones fue publicada bajo el título "Cuarenta Años de democracia. Trabajo, trabajadores y sus organizaciones. De Saul Ubaldini a los movimientos sociales en el número especial de Estudios Sociales". *Revista Universitaria de Ciencias Sociales*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, Segundo semestre de 2023.

En efecto, vista en forma retrospectiva, las cuatro décadas que han pasado desde la vuelta de la democracia muestra profundos cambios de escenarios a lo largo de su derrotero respecto del mundo del trabajo, como en el de los trabajadores y las organizaciones que los representan. Modificaciones en la organización del trabajo, y por ende en las condiciones laborales de los trabajadores en relación de dependencia que a su vez se ven inmersos, por los vaivenes económicos, en un proceso de pauperización de sus salarios. Pero no son los únicos que sufren este deterioro lo acompañan los cuentapropistas, los llamados *monotributistas*, el amplio mundo de los trabajadores de la economía popular y los desocupados. La mayor parte de ellos intentan ser representados por organizaciones gremiales, que también sufren la fragmentación y pérdida de poder, particularmente quienes forman parte del sindicalismo tradicional peronista cuando no de la competencia de otras formas de representación.

A partir de estas consideraciones previas, el presente trabajo pretende hacer un recorrido por el devenir del mundo del trabajo, de los trabajadores y de sus organizaciones, y particularmente aquellas ligadas al peronismo, observando los cambios que se produjeron y las consecuencias que los mismos provocaron en el plano social y político en estas cuatro décadas de democracia.

El devenir

Necesariamente, el abordaje sobre la temática de los trabajadores, sus organizaciones representativas y el peronismo, debemos situarla en un momento anterior a la restauración democrática y está dado por los cambios producidos en los años previos en el mundo del trabajo y en el accionar del movimiento obrero cuyo punto culminante fueron los acontecimientos que se sucedieron el 30 de marzo de 1982 con la huelga y movilización que llevó adelante la CGT Brasil y su líder Saúl Ubaldini contra el gobierno militar del General Bignone. Bajo la consigna *paz, pan y trabajo. La Patria convoca al Pueblo*, se movilizaron miles de trabajadores en distintos puntos del país (Rosario, Mendoza, Neuquén y Mar del Plata), terminando esa jornada con cientos de heridos, más de mil detenidos y un trabajador muerto en Mendoza como consecuencia de la represión policial. Los dirigentes de la central obrera fueron en su totalidad detenidos y acusados de graves delitos.

No obstante la represión sufrida, esta manifestación fue considerada como uno de los hechos que marcaron el comienzo del fin de la dictadura.

La centralidad del movimiento obrero organizado, articulada ahora por una CGT unificada, conducida por una dirigencia peronista, es la que, encabezando el conflicto social, se mantuvo durante los primeros años de democracia. Respondieron a la política económica y sindical del gobierno del Dr. Raúl Alfonsín con una serie de movilizaciones, huelgas sectoriales y paros generales.

La reducción del salario real en un escenario de fuerte inflación, el aumento de la desocupación y subocupación, así como del trabajo no registrado sumado al intento del gobierno radical de reorganización del sistema sindical a través de un proyecto de ley de “Reordenamiento Sindical”, conocido como *ley Mucci* fueron los motivos que impulsaron un grave conflicto social que prefiguró un escenario que se mantuvo durante la mayor parte del gobierno alfonsinista.

En efecto, al objetivo del gobierno radical de condicionar y debilitar al movimiento obrero organizado y a su conducción peronista, Saúl Ubaldini y el resto de los integrantes de la conducción cegetista -ahora unificada- contestó con la petición de derogación de la ley de Asociaciones Profesionales que se había puesto en marcha durante la dictadura. El fracaso del intento de sancionar la ley Mucci, la no respuesta al pedido de derogación de la ley existente, sumado a la profundización de la crisis socioeconómica, llevó a que la cúpula de la CGT no solo confrontara con el gobierno radical sino además mantuviera la centralidad en el conflicto social a través de múltiples paros y movilizaciones.

Sin embargo, a pesar de este rol protagónico que ejerció el movimiento obrero organizado durante la última etapa de la dictadura y el primer gobierno democrático constituyéndose en un factor de presión y negociación, su centralidad rápidamente se fue esfumando en los gobiernos siguientes.

Y esto sucedió porque ese anterior rol protagónico se vio enfrentado a un contexto caracterizado por una profunda crisis del mundo del trabajo ya que el mismo, particularmente durante la década del noventa, sufrió una verdadera debacle en términos de centralidad, en el desenvolvimiento de la sociedad.

Esta crisis no fue privativa de la Argentina ya que tuvo sus coletazos, también, y muy anterior en el tiempo, en los países industrializados, fundamentalmente por los cambios estructurales de la economía capitalista, iniciados como consecuencia de la crisis petrolera a mediados de la década del setenta. Estas mudanzas influyeron significativamente en el campo laboral y, más precisamente en las formas de inserción de la estructura productiva al desarrollarse, como señala Juan Suriano, un proceso de desproletarización y precarización del trabajo industrial que implicó una reducción de la

clase obrera industrial tradicional. A la vez, un proceso de tercerización del trabajo del sector servicios modificó la estructura laboral al aumentar significativamente la participación femenina (Suriano, 2006:286).

En este contexto, los sindicatos se debilitaron, perdieron en buena medida su capacidad de presión y negociación que los condujo a adoptar una actitud defensiva, respetando los temas de discusión impuestos por la agenda neo-liberal y, en muchos casos, a participar y a negociar en el orden impuesto por el capital y el mercado (Suriano, 2006:287).

En nuestro país, desde los comienzos de la dictadura cívico militar encabezada por el general Jorge R. Videla en 1976, con la aplicación sistemática de las políticas neoliberales, comenzó un proceso de desestructuración de la sociedad del trabajo, que alcanzó un punto culminante a lo largo de la década *menemista* y se prolongó con el gobierno de la Alianza.

En efecto, la política de privatizaciones de empresas del Estado, el desguace de la infraestructura ferroviaria y naviera, la aparición del desempleo masivo, el aumento vertiginoso del trabajo no registrado, el avance del proceso de desindustrialización con la disminución constante del número de obreros industriales y el aumento de los trabajadores ocupados en servicios y comercio a lo que se agrega la tercerización y el cuentapropismo, llevó a una transformación radical de la economía que a su vez modificó de manera significativa tanto a la sociedad como sus comportamientos.

Las consecuencias de estas mutaciones experimentadas por la sociedad argentina llevaron a que la seguridad socioeconómica, así como la seguridad laboral y social, se erosionaran paulatinamente. Al mayor desempleo y subempleo, que ya hemos señalado, se le suma la pérdida de la protección laboral, la rotación de puestos de trabajo, recorte de beneficios, variabilidad y caída de las remuneraciones, descentralización de la negociación colectiva y, finalmente, también mayor inseguridad básica. Esto conforma este nuevo escenario.

Ante esta realidad, la protesta social se vuelve una manifestación cotidiana en una sociedad en la que el aumento de la pobreza, la retirada del Estado como promotor y garante del bienestar, la desarticulación de la sociedad del trabajo y la crisis de representación política se constituyen en características fundamentales de un nuevo orden. Nuevos actores sociales y políticos, nuevos repertorios de confrontación, nuevos espacios de sociabilidad, nuevos símbolos y ritos invaden el contexto.

En efecto, la nueva realidad socioeconómica nacional está caracterizada por una atmósfera social en la cual los actores no sólo son los asalariados, sino -y principalmente- los desocupados, quienes aparecen a la cabeza de estas nuevas formas de protesta social,

que comienzan a tener un fuerte protagonismo en la segunda mitad de los noventa. Las primeras puebladas en las ciudades de Cutral Co, Tartagal y Mosconi, en los años 1996 y 1997, junto a la acción territorial y organizativa en el conurbano bonaerense, inauguran una nueva forma de protesta social caracterizada por los cortes de ruta, por la presencia de un nuevo actor social: los piqueteros, por una nueva modalidad organizativa: la asamblea y por un nuevo tipo de demanda: el trabajo. Se origina, de esta manera, una importante transformación en los repertorios de movilización de la sociedad argentina (Svampa y Pereyra, 2003: 17).

A diferencia del pasado -en el que los trabajadores, con sus organizaciones gremiales encabezaban la protesta social a través de una serie de acciones que pasaban por la huelga y la movilización-, en los años noventa son otros los actores principales que intentan movilizar y modificar el escenario socioeconómico adverso. Ya no son los trabajadores y sus organizaciones, sino los excluidos quienes aparecen liderando mayoritariamente las luchas sociales. Ya no son los trabajadores que se movilizan en la búsqueda de mejores condiciones de trabajo o de salarios, sino que son los excluidos que tratan de incluirse en el modelo que los ha expulsado.

Mientras los trabajadores de ayer luchaban contra las diferentes formas de explotación, en esta etapa, muchos de los excluidos se ven forzados a aceptar condiciones laborales opresivas en su afán por incluirse.

Al mismo tiempo que se transforman los actores principales de la protesta social, también se modifican las formas que adquiere la protesta y nuevos repertorios de acción van a confluir y alimentar el proceso de gestación de una nueva expresión de protesta, unida a estos nuevos actores sociales. Es decir, es el tiempo de los cortes de ruta y del movimiento piquetero.

También se alteró significativamente el mercado de trabajo con una mayor participación de la mujer trabajadora, lo que implicó una mayor feminización de muchos puestos de trabajo. No obstante esto, los niveles de desocupación entre las mujeres siguieron siendo mayores que entre los hombres; al mismo tiempo que subsiste la desigualdad en términos salariales y en la escala de decisión en la mayoría de las profesiones.

Todas estas mudanzas sin lugar a duda modificaron la preponderancia de las organizaciones gremiales. Los sindicatos pasaron a ser numéricamente débiles. Su capacidad de movilización, de presión y de poder económico disminuyeron y buena parte de sus accionar quedó concentrada en los gremios de servicios, afectados por la racionalidad estatal.

Consecuencia de esta crisis del mundo del trabajo fue la pérdida de centralidad de los trabajadores y de sus organizaciones representativas, particularmente las de orientación peronista, las que otrora no solo habían colaborado en construir una identidad política y social de los trabajadores, sino que también se habían convertido en un factor de presión y poder en la Argentina contemporánea. Pero además, este nuevo escenario marcó también un quiebre entre la dirigencia de los sindicatos peronistas que reaccionaron de distintas formas ante la hegemonía de las políticas conservadoras.

De esta manera, ante los embates neoliberales, los trabajadores organizados expresaron cierta resistencia social a partir del surgimiento de una nueva central sindical, la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA), que incluía tanto a gremios mayormente estatales como a diversos movimientos de base territorial. A estos se sumaba una fracción de la histórica Confederación General del Trabajo (CGT) que llevaba el nombre de Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA) y los gremios clasistas que actuaban por fuera de estas estructuras. Fueron estos agrupamientos gremiales los que resistieron la ofensiva neoliberal de la década del noventa; mientras que el resto de la dirigencia cegetista -también de orientación peronista- adoptaba una posición pasiva cuando no de complacencia ante los gobiernos menemistas.

Esta resistencia prosiguió durante el gobierno de Fernando de la Rúa a partir de su política laboral que incluyó recorte de sueldos y jubilaciones estatales y la sanción de la ley de reforma laboral en el marco de una crisis económica que llevó el índice de desempleo de un 15% a un 25%. La aceptación por parte de un sector de la CGT liderado por el secretario general Héctor Daer, de esta nueva norma legal, dio lugar a una fractura de la central obrera, encabezada por Hugo Moyano y un grupo de sindicatos que se oponían férreamente a su implementación.

A estas medidas económicas que afectaban a buena parte de la sociedad se le sumaban problemas de tipo político dentro de la propia alianza gobernante, lo que hacían peligrar la continuidad del gobierno de De la Rúa.

Como señala acertadamente Ricardo Salvatore:

Los excesos en el gasto público, los errores en la política económicas, la incertidumbre creada por la propia política partidaria (de la reelección a las tensiones dentro de la Alianza) y la pérdida de confianza del pueblo en sus representantes (traducida en el “voto bronca” y en la rebelión fiscal) han producido una situación de continua caída del producto bruto, del empleo y de los ingresos fiscales. (Salvatore, 2002)

Los sucesos de diciembre del 2001 son las consecuencias finales de esta realidad que se abate sobre los trabajadores y sus organizaciones representativas. La intensa y casi inédita

movilización popular que provocó finalmente la caída del gobierno de la Alianza y del presidente Fernando de la Rúa mostró aristas totalmente diferentes- incluidos actores y metodología- a las que comúnmente aparecían dominando los formatos de la protesta social en el pasado.

La etapa siguiente conformada por la administración de los gobiernos kirchneristas se caracterizó, por un lado, por el retorno a las antiguas instituciones del mundo del trabajo como las convenciones colectivas de trabajo y el salario vital y móvil en un escenario caracterizado por el crecimiento de los ingresos y una drástica reducción del desempleo que pasa del 21% en 2002 al 5.9 en el 2015. A esto se suma, la puesta en marcha de dos nuevos regímenes laborales: el de trabajadores agrarios, y el de trabajadores de casas particulares, y se completa con una serie de decretos que otorgan incrementos salariales a través de sumas fijas que benefician particularmente a los trabajadores registrados más empobrecidos.

Sin embargo, el aumento del trabajo no registrado también fue una constante durante este periodo. Si bien las autoridades gubernamentales atacaron con diversas medidas esta anomalía, al final de la década kirchnerista uno de cada tres asalariados no se encontraba inscripto formalmente.

En cuanto a la representación de los trabajadores, ya la salida de la crisis del 2001 consolida institucionalmente lo que acertadamente Paula Abal Medina (2016: 81), define como la existencia de los dos movimientos obreros. Uno, el tradicional comandado por una dirigencia sindical peronista que, a favor de las mejoras obtenidas a partir de la ampliación de su representatividad, debido al incremento del empleo registrado y las altas tasas de afiliación se convierte, como antaño, en una de las principales herramientas organizativas y de representación de los trabajadores formales. Así fortalecidas sus estructuras, logra convertirse en un actor central para contrarrestar el peso de los empresarios interviniendo en las pujas distributivas.

Sin embargo, a fines de la primera década del nuevo siglo, este sindicalismo tradicional empieza a dar muestra de agotamiento y por ende se estrechan los límites de su accionar tanto por la coyuntura económica como por los progresivos desacuerdos con el gobierno nacional. De tal manera, en vísperas del fin de la era kirchnerista, ya se verificaba una retracción del poder de intervención y negociación que estas organizaciones peronistas habían ostentado durante los primeros años.

El fin del ciclo kirchnerista mostraba una creciente desigualdad en el mundo del trabajo, que a lo largo del periodo no se pudieron cambiar, pero también señalaba los límites

propios del viejo sindicalismo peronista para poder expresar al conjunto heterogéneo de realidades que convivían en el mundo del trabajo. Esta realidad se hizo más nítida cuando la CGT conducida por Hugo Moyano se enfrentó con el gobierno por la eliminación del impuesto a las ganancias que afectaba a una porción de los trabajadores registrados con mayores ingresos lo que poco tenía que ver con la gran mayoría de trabajadores con salarios cercanos a la línea de pobreza.

Junto a este sindicalismo de raíz peronista, aparece otro sindicalismo fuertemente vinculado a las ideas de izquierda, expresando una identidad gremial que reivindica una tradición sindical antiburocrática y clasista que se expresaba en la conformación de comisiones internas de algunos gremios y en el control de sindicatos de base.

Está constituido por los trabajadores de la economía popular que deviene de la confluencia del trabajo informal y la lucha por el acceso a los diversos planes sociales que ponen en marcha los gobiernos peronistas. De esta manera, aquellos grupos piqueteros que en forma escasamente orgánica interactuaban durante la década anterior, ahora sostenidos por los programas estatales, se consolidan y se organizan en la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP), o en otros colectivos de diferentes signos político, logrando hacer efectivos algunos de sus reclamos con su capacidad de movilización.

Naturalmente, la coexistencia de estas dos grandes agrupaciones en que se nuclean los trabajadores marca, por un lado, una línea de fractura dentro del mundo del trabajo y de los trabajadores y, por otro lado, los límites de las transformaciones sociales intentada por los gobiernos kirchneristas.

La llegada al gobierno de la alianza electoral que catapultó a Mauricio Macri marca un nuevo escenario donde nuevamente disminuye la calidad de vida de los trabajadores a favor de una serie de medidas que tiene por objetivo principal la baja del costo laboral ya sea a través del salario directo o, en otros casos, en una reducción de impuestos que financian el sistema de seguridad social.

Pero, además la macroeconomía se organiza en torno a la apertura económica, la flexibilización de la regulación de los mercados, los ajustes tendientes a bajar el gasto público, en particular, reduciendo los subsidios a las tarifas de los servicios públicos. Todas estas medidas trajeron como consecuencia inmediata un fuerte impacto en la calidad de vida de vastos sectores de la sociedad, particularmente, de las clases medias bajas y de los sectores populares pauperizando las condiciones socioeconómicas de los trabajadores tanto de los registrados como de los informales.

Esta situación se profundizó durante la última etapa del gobierno de Juntos por el Cambio cuando, a partir de la crisis de la deuda, se sucedieron dos devaluaciones que conllevaron una caída del empleo asalariado registrado, especialmente, el vinculado a la industria ligada al mercado interno. Esto redundó en una disminución de los asalariados formales en la estructura de clases que pasó de un 24% del total a un 18%. Al mismo tiempo, creció el cuentapropismo y el empleo no calificado.

Ante este panorama, las respuestas de las organizaciones representativas de los trabajadores fue bastante disímil y se caracterizaron por lo que Esteban Iglesias (2018: 24) señala como la negociación y el diálogo crítico que a partir de un fuerte pragmatismo llevan adelante los gremios más numerosos enrolados en la CGT. Esto se verifica en la aceptación de medidas flexibilizadoras en la organización del trabajo en la actividad petrolera por parte del Sindicato de Trabajadores de la Industria Petrolera, en la actividad automotriz por parte del SMATA y también en los empleados públicos nacionales representados por UPCN.

Un segundo espacio está dado por la conformación de un frente sindical integrado por un sector de la CGT – la denominada Corriente Federal y las dos CTA a los que se sumaron los movimientos sociales como la Coordinadora de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP), la Corriente Clasista y Combativa (CCC) y el Movimiento Evita. Esta unidad en la acción trajo como novedad la articulación política entre organizaciones que representan trabajadores registrados y no registrados, fundada en la realidad que a ambos los alcanza: la pobreza. Los trabajadores de este nuevo agrupamiento se movilaron, a lo largo del periodo confrontando estas políticas. Tuvieron su punto culminante con la organización de una gran marcha federal en contra de una posible reforma laboral.

Junto a estos espacios se articulan quienes adhieren políticamente al gobierno de Mauricio Macri, en particular, la Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (UATRE), a partir de su brazo político, el Partido Fe. En el otro extremo, quienes se oponen frontalmente como los movimientos piqueteros vinculados a los partidos de izquierda como el Polo Obrero y los que provienen de una tradición clasista pero que se definen autónomos del Estado y los partidos políticos como la Coordinadora Aníbal Verón o el Frente Darío Santillán, entre otras.

La vuelta al gobierno del peronismo se da en el marco de una profunda crisis económica acicateada por una significativa deuda externa a lo que se suma, casi simultáneamente, la llegada de la pandemia de Covid 19. Esto trae significativas consecuencias que alteran la organización del trabajo con la difusión del teletrabajo y la reconversión de ciertas

actividades, por ejemplo, las comerciales, a partir de un uso cada vez más intenso de entornos virtuales.

Por otro lado, la crisis derivada de esta pandemia afectó el empleo informal, vinculado a la porción del trabajo precarizado y no calificado, así como a los sectores autónomos y cuentapropistas. La pérdida de empleo y la disminución de sus ingresos fueron la consecuencia inmediata que no se verificó en los trabajadores registrados gracias a la ayuda del Estado a sus empleadores.

La salida de la pandemia, y a pesar de las tensiones internacionales, la economía argentina se repuso y en el tiempo siguiente mostró algunos indicadores alentadores como el crecimiento de la ocupación, del trabajo registrado, del empleo asalariado privado formal y, dentro de este, el referido a la actividad industrial.

Sin embargo, esta mejora no pudo ser aprovechada por los trabajadores ya que, en los registrados, sus salarios se vieron licuados por una inflación cada vez más acelerada que afectó también al resto de los trabajadores informales, pasando de ese modo a engrosar las filas de los pobres e indigentes. Esta situación tendió a agravarse en los tiempos siguientes como consecuencia de una prolongada sequía que afectó la producción agroganadera y trajo como consecuencia un menor ingreso de divisas y, por ello, una mayor crisis económica

Ante este escenario, las organizaciones que representan a los trabajadores tuvieron actitudes diferentes. Mientras aquellas que abrevan en el peronismo como algunos movimientos sociales, la CGT y ambas CTA fueron pasando de un apoyo irrestricto al gobierno peronista, por lo menos hasta el 2021, a concretar la primera huelga con movilización contra la “inflación” que licuaba el poder adquisitivo de los salarios en 2022, lo que significó un alejamiento de aquel apoyo inicial.

Esa gran concentración de trabajadores, convocada por la CGT, albergó dos movilizaciones diferentes: una organizada y copada por las centrales obreras que tenían como blanco de sus críticas a los *empresarios, especuladores formadores de precios*, y otra, protagonizada por las organizaciones sociales que, si bien se sumaron al enorme despliegue de las centrales obreras, plantearon sus propias reivindicaciones, exigiendo al gobierno que *no se olvide de los sectores populares*.

Al mismo tiempo, se profundizaron las diferencias dentro de la propia CGT peronista, lo que acentuó la fragmentación y la pérdida de poder de la central obrera como factor de presión. En cambio, los que sí mantuvieron una actitud de enfrentamiento permanente con el gobierno peronista fueron los movimientos sociales de la izquierda partidaria o de

tradición clasista. Lo hicieron con movilizaciones y acampes contra el recorte de las ayudas sociales y por el acceso a un *empleo digno*.

En definitiva, los últimos ocho años que completan el periodo estudiado, más allá de los diferentes signos políticos de los gobiernos de turno, marcan la profundización de una sociedad dual, donde una parte minoritaria accede a todos los bienes y servicios y la otra, mayoritaria, ve significativamente reducidas sus posibilidades de progreso o, directamente, carece de ellas. Durante la gestión del gobierno del Mauricio Macri la participación de los asalariados se redujo del 51.8% en 2016 al 46,2% en 2019. Esta situación se agravó para los trabajadores durante el gobierno de Alberto Fernández ya que el porcentaje descendió a 43.9% en los tres primeros trimestres de 2022 (Basualdo y Manzanelli, 2022:42).³

Algunas reflexiones finales

Sin lugar a duda, a lo largo de estos cuarenta años, el trabajo ha sufrido significativas mutaciones propias de los vaivenes de la economía, de la propia organización del trabajo y, fundamentalmente, de los cambios tecnológicos debido a los avances en la tecnología digital. Esto redundará en un fenómeno nuevo que, entre otras peculiaridades, plantea el pasaje del trabajo asalariado clásico al trabajo autónomo que pone en tensión no solo el marco regulatorio sino el alcance de las normas laborales, fiscales y, esencialmente, de protección a los trabajadores que en su momento fueron pensadas para la economía tradicional.

De la misma manera, el trabajador también ha debido modificar su condición, adaptándose a las nuevas realidades laborales. Se ha fragmentado fuertemente el mundo del trabajo y de los trabajadores y aquel actor principal en la etapa del estado de bienestar que estaba incluido dentro del trabajo registrado, a tiempo completo y en la cual permanecía a lo largo de su vida activa, hoy constituye solo una parte reducida del universo laboral. En la actualidad, comparte ese espacio con otros trabajadores tales como los emprendedores, cuentapropistas y aquellos que forman parte de la economía popular que desarrollan múltiples tareas y oficios desde la informalidad.

³ Cabe aclarar que mientras escribía este artículo, el gobierno del Dr. Alberto Fernández a través de su ministro de Economía, Sergio Massa promovió un decreto luego convertido en ley que limitaba el impuesto a las ganancias para la cuarta categoría a lo que sumaba la devolución del Impuesto al Valor Agregado (IVA) de la canasta básica de alimentos para aquellos individuos con determinados ingresos. Medidas que revertieron las políticas seguidas hasta ese momento.

Finalmente, lo analizado hasta aquí, en especial en los últimos años, muestra, en primer lugar, una mayor heterogeneidad del mundo laboral, lo que trae como consecuencia de esta tendencia, una reafirmación de los límites del sindicalismo clásico peronista para contener, expresar y conducir esta heterogeneidad. Al mismo tiempo, esta fragmentación conlleva una precarización del mundo del trabajo que debilita el poder de negociación de las organizaciones que representan a los trabajadores.

En definitiva, las profundas mutaciones del mundo del trabajo, sumado a la fragmentación y debilidad de las organizaciones que representan a los trabajadores para garantizar los derechos a sus representados ante los nuevos desafíos que se presentan hacen que los trabajadores transiten un camino de incertidumbre y de desasosiego. En medio de esta confusión, dos evidencias aparecen con cierta claridad. La primera tiene que ver con la creciente dificultad del sindicalismo peronista no solo para abarcar y representar a un colectivo trabajador hoy fragmentado y disociado entre sí y la segunda evidencia es que esa misma clase trabajadora, tanto la que está registrada como la que forma parte de la informalidad, no transita un camino al paraíso, por el contrario, está cada vez más cerca del infierno.

Bibliografía

Abal Medina, Paula, “Los trabajadores y sus organizaciones durante los gobiernos kirchneristas”, *Revista Nueva Sociedad*. Buenos Aires, Fundación Foro Nueva Sociedad, 2016, N° 262, pp. 72-86.

Abal Medina, Paula, “Los movimientos obreros organizados de Argentina 2003-2016” en Paula Abal Medina, Ana Natalucci y Fernando Rosso. *¿Existe la clase obrera?*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2017, pp. 21-62.

Basualdo, Eduardo y Manzanelli, Pedro, *Los sectores dominantes en la Argentina: estrategias de construcción de poder, desde el siglo XX hasta el presente*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2022.

Grabois, Juan y Persico, Emilio, *Trabajo y organización en la economía popular*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, CTEP, Asociación Civil de los Trabajadores de la Economía Popular, 2015.

Iglesias, Esteban, *Organizaciones sindicales y movimientos sociales del mundo del trabajo durante el gobierno de Mauricio Macri (Argentina 2015-2017)*; Universidad de Zulia: Gaceta Laboral, 2018, Vol. 24, No. 3, pp. 232-253.

Iñigo Carreras, Nicolás, “La historia de los trabajadores” en Jorge Gelman (Coord.). *La historia económica argentina en la encrucijada: balances y perspectivas*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006, pp. 271-284.

Montes Cato, Juan y Ventrici, Patricia, “Pérdida de derechos laborales en la restauración neoliberal argentina” en *Revista de Políticas Públicas*, Buenos Aires, 2017, Vol. 21, Nro. 1, pp. 661-679..

Murillo, María Victoria, “La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas de mercado durante la primera presidencia de Menem” en *Revista Desarrollo Económico*, Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social, 1997, Vol. 37, N° 147, octubre-diciembre., pp. 419-446.

Palonimo, Héctor, “Quiebres y rupturas de la acción sindical: un panorama desde el presente sobre la evolución del movimiento sindical en Argentina” en Carlos Acuña (Coord.), *La nueva matriz política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995, pp. 203-229.

Salvatore, Ricardo, “Senderos equivocados. Ficciones (des) orientadoras” en *Entrepasados*, Año XI N° 22, Buenos Aires, 2002.

Suriano, Juan, “Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores” en Jorge Gelman, Jorge (Coord.). *La historia económica argentina en la encrucijada: balances y perspectivas*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006, pp. 285-308.

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián, *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos, 2003.

Taranda, Demetrio, Mases, Enrique. y Bonifacio, José Luis, *La protesta social en Neuquén. Viejas y nuevas formas*, Neuquén, Educo. 2006.